Pliegos 6.





HISTORIA
DEL ESFORZADO CABALLERO
CLAMADES,
Y DE LA HERMOSA
CLARMONDA.

CORREGIDA EN ESTA ULTIMA IMPRESION de muchos yerros y pasages impertinentes.

Con licencia: En Córdoba en la Imprenta de Don Rafael Garcia Rodriguez y Cuenca, Calle de la Libreria.

CAPITULO PRIMERO.

EN QUE SE DA NOTICIA DEL NACIMIENto de Clamades y de tres hermanas, á las que pidieron en matrimonio tres Caballeros, y de lo que sucedió á Clamades con un Caballo de Madera.

EN la Gran Ciudad de Mansi, en Grecia, habia un noble y virtuoso Caballero, que poseia varios Señorios, Titulos, Villas, Castillos y Vasallos, el qual tenia por nombre Mercaditas, este estaba casado con una noble y hermosa Matrona de igual linage, llamada Doctiva, de cuyo matrimonio tuvieron un hijo llamado Clamades, y tres hijas, la primera llamada Lucinda, la segunda Maxima, y la tercera Flor; esta aventajaba en hermosura á las otras, aunque todas eran hermosas. Divulgòse la fama de estas tres Doncellas por varias Provincias del mundo, y entre varios pretendientes las solicitaron con mas empeño tres bizarros y esforzados mancebos de igual calidad que las Doncellas, el uno se llamaba Rutilo, otro Polidoro, y el otro Lisardo. Los quales enamorados por retratos, que habian visto de estas tres Doncellas, pasaron de sus tierras á Mansi, determinados á servirlas, hasta lograr en matrimonio

nio cada uno la suya: Rutilo á Lucinda, Polidoro á Maxima, y Lisardo á Flor.

Un año estubieron en Mansi, rondando y paseando de noche y dia la calle de las Doncellas, sin poder lograr de ellas mas que verlas una rara vez á causa de que Mercaditas las guardaba con mucho cuidado. Ya impacientes de tolerar tanto desvio determinaron los tres de comun acuerdo presentarse á su Padre, y pedirselas en matrimonio. En efecto asi lo hicieron, y habiendo oido el Padre sus pretensiones les respondió: Caballeros, yo pienso en darles estado á mis hijas, pero este ha de ser con tres circunstancias: la primera, que los sugetos con quien casen han de ser iguales en nacimiento y bienes de fortuna á ellas: la segunda, que han de ser á su gusto en lo personal, pues no es regular casarlas contra su voluntad; y la tercera, y de mas consideracion es, que han de ser hombres de grande ingenio, el qual he de probar y ver yo en una maquina, ò invencion, que cada uno me ha de presentar, por la qual quiero experimentar los talentos de los que han de casar con mis hijas. Baxo cuyas circunstancias, y no en otra forma, admito vuestra proposicion; en vista de la qual, os doy un año de término, para que cada uno forme la invencion que guste, y examinado de ella resultarán sus talentos; en vista de los quales determinaré, sin hacer agravio á ninguno.

Con-

Confusos se quedaron los tres mancebos á el oir las proposiciones de Mercaditas; pero por no mostrar flaqueza en el ingenio se despidieron, ofreciendole cada uno inventar lo que pudiera para satisfacer sus preceptos, y retirados á su posada, acordaron partirse á Ginebra, donde sabian paraba un famoso Maquinista, el qual podria sacarlos de aquel empeño. Pusieron por obra su pensamiento, y habiendole hecho saber al Maquinista su pretension, éste les ofreció sacarlos del empeño con todo lucimiento, como se lo pagaran bien.

Los mancebos le ofrecieron dar quanto él pidiera, baxo cuya propuesta les dió palabra de servirlos con toda fidelidad dentro de un breve término, durante el qual se estuvieron divirtiendo en Ginebra. Cumplido que fue el plazo fueron los Mancebos á vér al Maquinista, el qual cumpliendo su palabra les tenia hechas las Maquinas siguientes. A Rutilo una Paloma con dos Pichones, que desde la mano volaban á el suelo, y arrullando hacian movimientos tan naturales, como si estubieran vivos. A Polidoro la figura de un hombre, que tañendo un instrumento cantaba y danzaba con tanta perfeccion, como lo pudiera hacer el Músico y danzante mas diestro. A Lisardo un Caballo de Madera con dos Clavijas en los costados de tan raro artificio, que moviendo una corria con tanta velocidad, que solo

se

se veia arrancar, pues á el punto que empezaba la carrera se perdia de vista; y en tocando en lo otra paraba, y lo guiaban por donde querian.

Vistas las Maquinas por los tres Mancebos le pagaron lo que les pidiò, y cada uno con la suya se volvieron á Mansi, y habiendoselas presentado á Mercaditas, se admiró de ver tan raras invenciones, y les ofreció estar de su parte en quanto pudiera. Mandó llamar á sus tres hijas, y á presencia de los tres Mancebos les hizo este razonamiento: Hijas, quando estos Caballeros me pidieron licencia para contraer matrimonio con vosotras, les respondí, que antes de darsela, me habian de hacer constar tres cosas: la primera, ser personas iguales á vosotras, la segunda, ser hombres de ingenio: y la tercera, que habian de ser de vuestro gusto. De la primera, que es la igualdad, estoy satisfecho: de la segunda, que es el ingenio lo acreditan estas tres maquinas, que me han presentado: y de la tercera, que corresponde á vuestro gusto, vosotras me respondereis dentro del tercer dia; y para que lo hagais con pleno conocimiento os advierto, que Rutilo pretende á Lucinda, Polidoro á Maxima, y Lisardo á Flor: en vista de lo qual pensadlo bien y respondedme.

Los tres Mancebos se retiraron á su posada, y las Doncellas á su retrete, examinando cada una de por sí las circunstancias que concurrian en su preten-

dien-

diente. Lucinda se conformó en casarse con Rutilo, y Maxima con Polidoro; pero Flor de modo ninguno queria á Lisardo, porque decia, mostraba en el semblante ser de fuerte condicion, y de malas intenciones. Las dos hermanas la inclinaban á que lo admitiera; pero por mas que hicieron en los tres dias, no la pudieron convencer, de forma, que llegado el tercero dia, las llamó su Padre, y habiendoles preguntado su determinacion, respondieron Lucinda y Maxima, que ellas estaban conformes con la suerte que les habia tocado, y que no tenian reparo en darle gusto. Viendo Mercaditas, que Flor nada respondia, le preguntó, qué habia determinado, á lo que respondió Flor, diciendo: Señor, el semblante de Lisardo está demostrando es hombre de muy fuerte condicion, y mal intencionado, y aunque puede ser que yo me engañe, no me parece conveniente exponerme con esta duda á tomar estado. No le sentó muy bien esta respuesta á Mercaditas, y asi le dixo á Flor que se retirara, y pensara el caso con mas juicio.

Retirada Flor, se fue á el quarto de su hermano Clamades, y con muchas lagrimas le contó lo que le habia sucedido, y qué segun la respuesta de su Padre, inferia le habia dado disgusto en no admitir á Lisardo. Clamades le dixo no tuviera cuidado, que él le hablaria á su Padre, y que quando esto no bastara,

des-

desengañaria á Lisardo, para que desistiera de su pretension.

Con esta respuesta se fuè Flor á su aposento mas consolada; pero á el dia siguiente, con el motivo de haber venido los tres Mancebos á saber la resolucion de las Doncellas, llamó Mercaditas á sus tres hijas, y á presencia de todos, dixo asi: Señor Rutilo, Lucinda por darme gusto admite vuestra fineza, y Maxima la vuestra, Polidoro; pero Flor, Señor Lisardo, aun no ha deliberado, ahora veremos que dice. Flor llena de rubor y cortedad nada respondia: Clamades, que estaba presente, y sabia muy bien el interior de su hermana, dixo á su Padre: Señor, á mi me consta que Flor no se conforma en casarse con Lisardo, porque no le agrada el semblante aspero que demuestra; y á esto añado yo, que en punto de ingenio ya hemos visto lo que ha hecho la Paloma de Rutilo, y la figura de Polidoro; pero no hemos visto nada especial en el Caballo de Lisardo, por cuyas circunstancias no me parece desproporcionada la repugnancia de Flor

Lisardo enojado de oir las palabras de Clamades, con intencion dañada y buenas palabras dixo: Señor Clamades, si quereis experimentar las habilidades de mi Caballo, montad en él, y vereis como son mas de las que pensais. Clamades, ignorando lo que le podia resultar, con mucha ligereza montó en él,

y

y Lisardo que deseaba esta ocasion, torciòle una de las dos Clavijas, y el Caballo arrancó con tanta velocidad, que en breve espacio lo perdieron de vista.

Admirados quedaron todos de ver con qué prontitud se habia desaparecido, y Mercaditas preguntó á Lisardo si tardaria mucho Clamades en dar la vuelta, á lo que respondió Lisardo, que el Caballo no pararia hasta que Clamades le moviera la Clavija del costado contrario, y que á él se le habia olvidado decirselo, por cuyo motivo no sabia adonde iria á parar. Mucho sintió Mercaditas el descuido de Lisardo en no haberlo dicho á Clamades como debia manejar el Caballo, lo qual no atribuyó á olvido, sino á venganza por haberse Clamades opuesto á el casamiento de Lisardo con Flor, y muy sañudo les dixo á los tres: Cavalleros, por ahora pueden ustedes retitarse, pues hasta que vuelva mi hijo Clamades, no se tratará una palabra de bodas. Dexemos á los Mancebos en sus posadas, y á Mercaditas y sus hijas en sus casas muy disgustados, y vamos á ver lo que le sucedió á Clamades con su Caballo.

Viendo Clamades que habia corrido todo aquel dia, que la noche se venia, y el Caballo no templaba su carrera, haciendose juicio: que asi como por haberle movido aquella Clavija empezo á correr, era regular que moviendole la del costado contrario se parara: con este pensamiento empezo á

moverle la otra, y á el punto fué el Caballo templando su carrera, y á poco rato paró.

CAPITULO II.

De como Clamades llegó á Tierra de Toscana, y de la traza que tubo para entrar en el Jardin de el Almirante Ursino, donde estaba la hermosa Clarmonda.

YA parado el Caballo se apeó Clamadas y se sentó en una piedra por descansar un poco, y mirando á una y otra parte por ver si descubria quien le dixera en qué tierra ó parage se hallaba, reparò que á muy poca distancia estaba uu hermoso Palacio con quatro Torres de especial arquitectura, á el qual pensó llegar, tanto por preguntar en qué tierra se hallaba, quanto por vér aquel hermoso edificio, y para hacerlo sin cuidado dexo el Caballo escondido entre unas espesas yedras por lo que le pudiera suceder. A el tiempo que Clamades empezó á caminar para el Palacio, viò venir ácia él un hombre en trage de Labrador: Clamades le esperó, y habiendole saludado le respondiò en lengua Toscana; en la misma le correspondiò Clamades, porque la sabia muy bien, y le dixo: Amigo, yo espero de tu favor me digas en qué tierra me hallo, y qué Palacio es este, pues con el motivo de haberme asaltado en

el

el camino unos ladrones y haberme robado, y separado de los criados que traia en mi servicio, con los ojos vendados me han traido quatro dias y quatro noches sin entrar en posada, ni poblado alguno, por lo qual, ni sé por donde he venido: ni en qué tierra estoy. El Labrador compadecido de la desgracia de Clamades, le dixo: Señor, vos os hallais en tierra de Toscana, este Palacio es una casa de campo del Almirante Ursino, el qual tiene una hija la mas hermosa que se ha visto en el mundo, la que pretenden muchos y poderosos Señores, pero por tenerla el Almirante tratada de casar con el Conde Feliciano, y no poder venir este á efectuar el matrimonio hasta que pasen quatro meses, ha determinado el Almirante su Padre, para quitarla de los continuados galantéos que los demas pretendientes le hacen, ponerla en esta Quinta, hasta que venga el Conde Feliciano, el qual, ni Clarmonda ha visto, ni el Almirante conoce; pero todos nos aseguran es Caballero caritativo y liberal, por lo qual todos esperamos su venida con impaciencia. Ved si tengo otra cosa en que serviros, pues con el motivo de ser yo el jardinero de esta Quinta, y ser ya hora de que mi Señora Clarmonda baxe á el Jardin, no me puedo detener mas.

Atento estubo Clamades á quanto el Jardinero le dixo, y pensando valerse de la ocasion, y fingirse

él

él el Conde Feliciano, pues segun el Jardinero le habia dicho nadie habia visto dicho Conde: con mucho disimulo y fingimiento le dixo á el Jardinero: ya he conocido por tus palabras que eres criado leal, y hombre de verdad, por lo que creo podré fiar de ti un grande secreto. Has de saber Merlin (que este era el nombre del Jardinero) que yo soy el Conde Feliciano, y el venir en esta forma disfrazado no es la causa la que dixe antes, pues ni á mi me han robado, ni yo soy el que pensabas, yo soy el que está tratado de casar con Clarmonda; y el motivo de venir en esta forma, es solo por si puedo ver á Clarmonda antes de casarme, sin ser de nadie descubierto, oprque en punto de su hermosura, unos dicen que es mucha, y otros que no es tanta, en cuya variedad quiero yo desengañarme por mis ojos. Este es el secreto que de ti fio, y la pretension que traigo. Si tu eres hombre que me puedes proporcionar este gusto, y guardar este secreto, yo te lo pagaré muy bien, y te estaré siempre reconocido.

El Jardinero que era hombre sencillo y de buena intencion, creyendo quanto Clamades le decia, le respondió: Señor, no me es á mi muy dificultoso entraros en el Jardin, en el qual oculto entre sus ramas, podreis vér á vuestro gusto á mi Señora Clarmonda; pero para esto es forzoso os disfraceis en trage de Labrador, y á el punto de amanecer,

que

que es la hora en que algunos dias suelen entrar tres ó quatro á cultivar las tierras de el Jardin, entreis vos con ellos, para todo lo qual yo daré la traza en esta noche, y con esto se despidió el Jardinero.

Muy contento quedó Clamades con la traza de el Jardinero, y por no ser visto de nadie se retiró á lo espeso de el Monte, donde pasó aquella noche lleno de mil imaginaciones. No bien empezó á rayar el Alva quando Clamades se fue á el sitio donde le habia de buscar el Jardinero, el qual llegó á muy poco rato con un vestido de Labrador, y poniendoselo Clamades sobre el suyo, se fué con el Jardinero, que incorporado con otros tres entraron en el Jardin, sin ser detenidos de Guardias ni Porteros.

Luego que hubieron entrado, el Jardinero con cuidado separó á Clamades de los otros trabajadores, y se lo llevó á su habitacion que estaba dentro del Jardin, en la qual lo ocultó hasta el medio dia, á cuya hora le llevò de comer, y por ser hora en que los otros trabajadores estaban descansando, lo pudo ocultar en sitio proporcionado para poder vér á Clarmonda, y el Jardinerc se retiró á cuidar de su obligacion.

Ya iba el Sol recogiendo sus luces, quando oyó Clamades una dulce y suave Orquesta de Instrumentos, y Musica, que con sonora y concertada armonia se iba acercando ácia donde estaba, y

apli-

aplicando la vista por entre las verdes Murtas, vió quatro hermosisimas Damas, que con varios instrumentos venian cantando tan dulcemente, que sus ecos le robaban las potencias; entre las quales venia Clarmonda tan gallardamente vestida, y tan hermosa, que á el verla Clamades, se quedó tan fuera de sentido, y tan enamorado de la peregrina beldad de Clarmonda, que á no estar á la vista el Almirante su Padre, hubiera salido de entre las Murtas donde estaba escondido para hablarla y verla a su satisfaccion.

Siguieron las Damas y Clarmonda por el Jardin, y pasaron tan cerca de Clamades, que con los vestidos tocaron en las Murtas que lo ocuitaban, y á poca distancia se sentaron á la margen de un arroyuelo, donde las Damas para divertir á su Señora cantaron muchas y graciosas tonadillas, y viendo que la noche se venia, con mucha magestad se levantò Clarmonda, y siguiendo el paseo por el Jardin se retiró á su aposento.

Tan enamorado quedò Clamades de la hermosura, gallardia y magestad de Clarmonda, que entregandole todas sus potencias y sentidos, desde el punto que la vió, hizo firme propósito de arriesgar su honra, vida y hacienda, por lograr su blanca mano. En estos y otros pensamientos estaba el enamorado Clamades, quando llegandose á él el

Jar-

Jardinero le dixo: Señor ya es hora que os vengais conmigo á mi estancia, donde oculto, y con toda seguridad podreis pasar la noche. Aceptò Clamades, y habiendose ido con el Jardinero, éste le preguntó si habia visto á su Señora, y que le habia parecido: á lo qual le respondió Clamades: mucho me han ponderado su hermosura, pero todos se han quedado cortos, pues es tanta, que las palabras no pueden explicarla; y en albricias de el mucho gusto que me has dado con haberla visto, toma este Anillo por ahora. Muy contento quedó el Jardinero con su Anillo, y ofreció á Clamades hacer por él quanto pudiera: le dió noticia de las muchas habilidades y gracias de su Señora, y de el modo que podia tener para hablarle por un balcon que de su quarto caia á el Jardin, cuyas noticias agradeció Clamades, diciendole, se valdria de su ayuda quando la necesitara, y siendo ya mas de la media noche se recogieron á descansar un poco.

CAPITULO III.

De como Clamades fingiendo ser el Conde Feliciano, habló á Clarmonda muchas noches por un balcon del Jardin.

OCHO dias estubo Clamades escondido en el Jardin, en cuyo tiempo vió varias veces á Clar-

Clarmonda, y cada dia le parecia mas hermosa, á el cabo de los quales no pudiendo ya su mucho amor estar oculto, dixo á el Jardinero: Merlin, ya llegó el caso de valerme de tu favor, del qual espero busques ocasion y traza, para darle á entender á tu Señora el tiempo que hace estoy en el Jardin, que la he visto varias veces, y deseo con ansia hablarle por el balcon la noche que guste, y que á todos nos importa el sigilo. Merlin ofreciò á Clamades hacer lo que le mandaba, y al dia siguiente con el motivo de llevarle á Clarmonda un ramo de flores del Jardin le dió á entender lo que Clamades le habia dicho.

Muy confusa quedó Clarmonda con la noticia del Jardinero, sin saber á qué poder atribuir esta novedad, ni que motivo podia tener el Conde para venir disfrazado, ni por donde habria entrado en el Jardin sin ser visto de Guardias ni Porteros; y deseosa de saberlo, le dixo á el Jardinero: que en aquella misma noche, luego que estubiera todo en silencio, saldria al balcon del Jardin, con cuya respuesta volviò el Jardinero á Clamades, el qual luego que anocheciò se fué al sitio señalado, y llegada la hora saliò la hermosa Clarmonda, y con mucho silencio le hizo seña á Clamades, el qual se llegó, y habiendo saludado con mucha cortesia á Clarmonda, ésta le preguntó quien era y qué se le ofrecia: Clamades con muy rendidas palabras le dixo:
que

...ra el Conde Feliciano su servidor, y que el motivo de venir disfrazado, y haber estado escondido en su Jardin, solo era por verla y hablarla algunos dias antes de efectuar su matrimonio, y que si por aquella accion le habia dado algun disgusto, estaba pronto á darse á conocer á su Padre, y demas parientes, ò á hacer lo que fuera de su gusto. Clarmonda imaginando que el Conde movido de curiosidad apetecia verla, y para experimentar sus talentos hablarla, le respondiò lo siguiente.

Tan lexos estoy de ofenderme, porque os querais desengañar por vuestros ojos, que en lo que pensais darme sentimiento, he recibido mucho gusto, pues al mismo tiempo que vos os desengañais, hago juicio de nó quedar yo engañada. Clamades satisfizo á Clarmonda con tanta discrecion, que Clarmonda quedó tan enamorada dél como si lo hubiera tratado mucho tiempo. En estos y otros coloquios pasaron lo que le quedaba á la noche, y viendo que venia el Alva se despidieron hasta la siguiente. Tan complacida y enamorada quedó Clarmonda de haber oido á Clamades, que deseaba llegára la noche siguiente para volver á hablarle, con tanto desasosiego pasó aquel dia, que sin poder contenerse se asomó muchas veces á los balcones de el Jardin por si le podia ver. Llegada la noche acudió Clamades á el puesto ya citado, donde halló su querida

Clarmonda, y con muchas y amorosas palabras dió á entender lo que la amaba, Clarmonda le correspondia con agrado, y en esta forma, sin ser vistos de nadie, se hablaban todas las noches, y algunos ratos de dia, pues por ser el tiempo calmoso nadie parecia por el Jardin.

Mas de un mes siguieron esta amorosa correspondencia, con la qual se unieron antes las dos voluntades, que el tiempo que estaban sin verse ó hablarse, imaginaban que no vivian. Con estos amorosos coloquios vivian muy alegres los dos tiernos amantes; pero como la fortuna es tan mudable, y á las dichas suelen seguir turbaciones y disgustos, sucedió, que estando una noche Clarmonda divertida en sus amorosos coloquios con su querido Clamades, oyò que con grande prisa y alegria venian ácia ella sus Doncellas, las quales muy alborozadas le dixeron de parte de su Padre, que se apercibiera para la mañana siguiente, en la qual entraba en la Quinta el Conde Feliciano, cuya noticia habia traido un Posta que venia delante. Clarmonda sin que las Doncellas notaran con quien hablaba las despidió, diciendoles que ya estaba informada. Y volviendo á el balcon le dixo á Clamades: sino conociera quien sois, y el fin honesto á que se dirigen vuestros amores, dixera que estimabais muy poco mi honor y reputacion; por una parte me encargais no diga á

na-

nadie estais escondido en mi Jardin, y por otra sin haberme dicho nada despachais un Posta á mi Padre, diciendo, que por la mañana entrais en la Quinta: en que os presenteis á mi Padre quando fuere vuestra voluntad no tengo reparo; pero en que se sepa habeis estado oculto en el Jardin sí lo tengo, porque peligra mi estimacion, y si vos me estimais no debeis consentirlo, y en fin, decidme con qué traza y á que hora pensais salir del Jardin sin ser visto de nadie? Tan aturdido y fuera de si quedó Clamades con la noticia que le dió Clarmonda de que venia el Conde Feliciano el dia siguiente, que sin poder disimular el sobresalto y turbacion, no hallando palabras con que satisfacer á Clarmonda, estubo un grande rato sin responderle. Clarmonda que notó la turbacion de Clamades antes que le respondiera le dixo: Señor, qué silencio es ese? por qué os habeis turbado? Acabad de descifrarme este enigma, y sea lo que fuere.

Viendo Clamades que ya no convenia llevar adelante el engaño, ni perder un instante de tiempo, pues en sola aquella noche consistia su dicha, ò su desgracia, dando un suspiro de lo intimo del corazon, dixo á Clarmonda lo siguiente: Señora yo no soy el Conde Feliciano como pensais, y hasta aqui os he dicho: mi nombre propio es Clamades, soy tan noble como vos, y no menos dotado de bienes

de

de fortuna: la fama de vuestra hermosura fue la causa de que en trage de Labrador me introduxera en este Jardin, y para lograr los presentes favores me fingí ser el Conde Feliciano, con cuyo fingimiento he conseguido que este Jardinero me haya tenido oculto. Yo os confieso que ha sido osada temeridad en mí querer ascender á el solio de vuestra mano. Conozco que no es de Caballeros pretender con fingidos pretextos lo que por sus méritos no pueden alcanzar, por todo lo qual rendidamente os pido me perdoneis, atendiendo á que el mucho amor que os tengo, y no otra cosa, ha sido la causa de todo lo que hasta aqui os he dicho: y queriendo pasar adelante no pudo, porque las muchas lagrimas le embargaron las palabras.

CAPITULO IV.

De como Clamades saçó á Clarmonda de el Jardin á tiempo que llegaba el Conde Feliciano, de el alboroto que se ofrecio en la Quinta, de los Postas que salieron en seguimiento de Clamades, y de como llegó con su querida Clarmonda á Mansi.

TAN confusa quedò Clarmonda á el oir lo que Clamades le decia, que dudaba si estaba despierta ó soñando, y aunque fue mucho el enojo que tomò contra Clamades por el engaño con que le ha-

habia tratado, no pudo ni aun darse por sentida, porque el amor que ya le tenia era tanto, que excedia en mucho á el sentimiento. Y despues de pasado un gran rato en que uno y otro estubieron sin poder articular palabra, rompiò Clarmonda el silencio diciendo: No estraño Señor Clamades, que el mucho amor que me teneis (segun decis) os haya puesto en parage de haber estado tanto tiempo escondido en mi Jardin, pasando tantas incomodidades; pero sí estraño, que sabiendo vos estaba yo capitulada con el Conde Feliciano, hayais estado callando hasta esta hora, en la qual ya nada tiene remedio, pues aunque yo me determinara á faltar á los tratados que mi Padre tiene hechos con el Conde, éste tardará muy pocas horas en llegar á la Quinta, segun el aviso que el posta ha traido, y en llegando habré de desposarme con él gustosa ó disgustada.

Apenas oyó Clamades las sentidas palabras de Clarmonda, por las que le dió á entender el afecto que le tenia, quando con mucho alborozo le dixo: Señora mia, si os determinais á hacer lo que yo os diga, todo puede tener remedio, pues aunque es muy corto el tiempo que nos queda, yo lo dispondré de forma que antes de amanecer estemos fuera de la Quinta, y en un Caballo, que para el caso tengo prevenido (á el qual no pueden seguir en la carrera quantos hay en el mundo) nos iremos á mi tier-

ra

ra donde celebraremos nuestras bodas con el esplendor que merece vuestra persona; y de cumplir lo que llevo dicho os doy palabra y hago juramento á ley de Caballero.

Fiada Clarmonda en las palabras y juramento de Clamades, y enamorada, que es lo mas, sin reparar en los inconvenientes que pudieran sobrevenir, y el riesgo á que esponia su estimacion, que amor todo lo allana, dixo á Clamades que dispusiera lo que fuera de su agrado, pues estaba resuelta á ir con él donde le llevara.

No tardó Clamades en dar principio á la obra, pues subiendose por las ramas de un Naranjo que habia debaxo de el balcon donde estaba Clarmonda, quitandose un ceñidor de seda, y atandola por debaxo de los brazos la descolgó á el Jardin, y por el mismo sitio volvió á baxar Clamades. Retirados á lo interior del Jardin, por si alguna Doncella se asomaba, reparó Clamades en una escalera de pasos que servia á el Jardinero para cultivar los Arboles, y tomandola con mucho trabajo la arrimó á una de las paredes, registró la salida, y hallandola proporcionada subió á Clarmonda, y habiendo ya echado la escalera al lado de afuera para baxar, el Jardinero, que por venir ya el dia se habia levantado, reparando, que sobre la pared habia un bulto como de muger empezó á dar tales y tan grandes voces, que alboro-

ta·

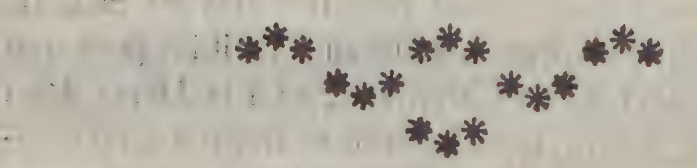
tada la Quinta todos se pusieron en arma, acudieron al Jardin, y estando en él el Almirante Ursino informandose del Jardinero, vinieron dos Mayordomos con mucha prisa, diciendo que á la puerta de la Quinta habian llegado seis Coches, los quales creian eran del Conde Feliciano. Alborotado el Almirante con esta noticia salió del Jardin para recibir al Conde, y al tiempo de pasar por los quartos de su hija, salieron á él las Doncellas muy alborotadas, y llorosas diciendo, que su ama Clarmondo no estaba en sus quartos, ni en toda la Quinta. Con esta noticia, y la del Jardinero, se afirmó el Almirante en que el bulto que se habia visto sobre la pared fué su hija Clarmonda, á la qual engañada ó robada habian sacado de la Quinta; y con mucha furia y grandes voces decia, traycion, traycion, que me han robado á mi hija Clarmonda. Alborotóse toda la Quinta con este nuevo suceso, y cada qual procuraba con ansia descubrir á el agresor. El Conde Feliciano que estaba esperando que le abrieran la puerta, informado del suceso, mandó á los suyos cercaran la Quinta, sin dexar entrar ni salir persona humana: hizose como el Conde lo dispuso; con cuyo motivo descubriendo la escalera dieron cuenta á el Almirante, el qual ya desengañado de que Clarmonda no estaba en la Quinta, mandò ensillar todos sus Caballos, y que por todos los caminos salieran diversos

Pos-

Postas por si la podian descubrir. El Conde Feliciano mandó á los suyos hicieran lo mismo, y en breve tiempo salieron mas de treinta en busca de los dos, de forma, que solos quedaron en la Quinta el Conde Feliciano, y el Almirante, éste avergonzado, y rabiando de corage por la ausencia de su hija, y el Conde apesadumbrado, y burlado. Hablando estaban los dos sobre el asunto, quando llegaron dos de los Jornaleros que solian venir á trabajar á el Jardin, los quales sabedores del suceso, dixeron á el Almirante: Señor á una legua de la Quinta veniamos los dos á tiempo que rayaba el dia, quando de improviso vimos venir dos bultos en un Caballo de Madera, con una carrera tan veloz, que apenas nos dió lugar para conocer que eran hombre y muger los que llevaba encima, cuya vision nos ha causado tanto espanto, que acobardados apenas podiamos caminar; esto hemos visto, y es lo que podemos decir. Aturdidos quedaron el Almirante, y el Conde con la relacion de los trabajadores, y sin saber á qué poder atribuir aquel asunto, llenos de confusion se retiraron á lo interior de la Quinta, donde los dexaremos para seguir á Clamades y á Clarmonda.

Luego que Clarmonda acabó de baxar de la escalera, tomandola Clamades por la mano se fué á el sitio donde habia dexado escondido su Caballo, en el qual montó con mucha ligereza, y tomando á Clar-

Clarmonda á las ancas, torció la Clavija, y arranco el Caballo con la velocidad ya dicha. Caminaron hasta media tarde, á cuya hora fué forzoso parar junto á una Aldeá, tanto para tomar alguna provision para comer, quanto por darle algun descanso á Clarmonda, que con la velocidad de la carrera venia muy molestada. Comieron y descansaron un rato, y en la forma dicha siguieron su camino, sin impedimento alguno. Dos dias caminaron en esta forma, á el cabo de los quales, como al medio dia, llegaron á dar vista á Grecia, y en una Huerta que estaba cerca de la Ciudad de Mansi se apearon á descansar, y esperar á que llegara la noche pera entrar en la Ciudad. Y pareciendole á Clamades que seria mas acertado avisar á sus Padres para que salieran á recibir á Clarmonda, habiendo comunicado este pensamiento con élla, le dixo se quedase con la Dueña de la Huerta, entretanto que él iba á dar la noticia, cuya vuelta sería muy breve.



CAPITULO V.

De como sabiendo Lisardo la llegada de Clamades, con engañosa traza se llevó robada á Clarmonda en el Caballo de Madera á la Villa de Brena, donde murió preso Lisardo, y Clarmonda quedó depositada en la Quinta del Gobernador.

PArtiò Clamades para la Ciudad, y á el tiempo de salir de la Huerta dió la casualidad que Lisardo viniera por aquel sitio paseandose, el qual viendo que Clamades salia de la Huerta, se apartó á un lado porque no le viese: luego que pasó Clamades se fue Lisardo ácia la Huerta, y reparó que debaxo de un Arbol estaba el Caballo de Madera, y con mucha cautela preguntó separadamente á la Dueña de la Huerta, quien habia traido aquel Caballo, á lo que le respondió: que habia poco mas de una hora que llegó en él un Caballero, y aquella Dama que por la Huerta se andaba paseando, que el Caballero se la habia dexado encomendada mientras llevaba la noticia á su casa, para que la salieran á recibir; pero que no conocia á el dicho Caballero, ni á la Dama. Con esta noticia el cauteloso Lisardo se llegò á Clarmonda, y habiendola saludado, y visto su hermosura, por vengarse de Clamades se determinó á robarla, y con fingidas palabras le dixo: Señora, mi Señor Clama-

mades me embia á que os diga que os vengais conmigo, que no puede volver por vos á causa de haberse desconcertado un pie, y para que veais que soy su fiel criado venid conmigo donde está el Caballo de Madera, y vereis como lo sé manejar, pues solo yo, y mi Señor sabemos el secreto de este Caballo. Clarmonda por asegurarse si era verdad lo que le decia le preguntó por los Padres, y hermanas de Clamades, y le respondió con acierto, como que conocia muy bien á todos. Con estas señas se determinó Clarmonda á ir con él, y estando ya montados los dos en el Caballo reparó Clarmonda que entraba por la Huerta su querido Clamades, y le dixo á Lisardo: no me dixiste que Clamades no podia venir á causa de haberse lastimado un pie? Pues veslo allí viene: Lisardo que sabia muy bien manejar el Caballo, torcióle la Clavija, y arranco la carrera con la precipitacion acostumbrada de forma, que estando Clamades ya á quarenta pasos de distancia apenas pudo conocer que era Lisardo el que se llevaba á Clarmonda, y á grandes voces exclamó diciendo, traycion, traycion; pero en breve rato se desapareció el Caballo, quedando Clamades tan angustiado, y sorprendido de la pena, que cayó amortecido en tierra, donde estubo sin dar muestras de vida mas de dos horas; á cuyo tiempo llegaron sus Padres, hermanas, y muchas Damas á recibir á Clamades, y

á

á Clarmonda, y viendolo tendido en el suelo sin señales de vida, preguntaron sus Padres á la Dueña de la Huerta, quien habia muerto á su hijo, y habiendoles informado de todo, mandaron llevar á Clamades á su Casa, donde varios Medicos con muy especiales medicinas consiguieron volverlo á su sentido; pero era tan grande la pena que tenia, que á cada instante le repetia el insulto, sin poder conseguir por mas que hicieron que hablara una sola palabra en mas de tres dias, al cabo de los quales prorrumpió diciendo: ¡Ay Clarmonda mia! ya no te volveré á vér, pues te llevó robada, y engañada el traidor Lisardo. Todos procuraban consolarlo, y divertirlo; pero nada conseguian porque su pena no tenia consuelo.

Dexemos á Clamades envuelto en sus angustias, y pasemos á ver los acontecimientos de Lisardo, y Clarmonda, la qual luego que oyò las voces de Clamades, y vió que el Caballo enderezaba la carrera á la parte opuesta de la Ciudad, conociò la traicion, y se persuadiò á que iba engañada, y con muchas lagrimas, y estremados afectos suplicaba á Lisardo la volviera con Clamades; mas él sin atender á lagrimas, ni á súplicas, no dexó de seguir la carrera en lo que quedaba de tarde, y toda aquella noche, de forma, que ya rendidos al amanecer pararon en un hermoso Valle cerca de una fuerte Villa llamada

Bre-

Brena, y apeandose del caballo se sentaron cerca de una fuente, y despues de haber bebido, Lisardo con amorosas palabras, y muchos ofrecimientos pretendia desenojar á Clarmonda, ofreciendole llevarla á su tierra, donde se casaria con élla, y seria servida y respetada de todos. La hermosa Clarmonda sin dexar de llorar, y suspirar le respondió, que èlla no se podia casar con él, porque ya lo estaba con Clamades, que no era accion de Caballero robar á una muger, y que viviera en la inteligencia, de que aunque la hiciera pedazos no apartaria su amor de su querido Clamades. En estas y otras contiendas estaban quando llegaron á beber á la fuente unos Monteadores, que con el Gobernador de la Ciudad venian monteando, y viendo aquella hermosa Doncella tan afligida, y llorosa, movido de caridad se llegó el Gobernador á Lisardo, y le preguntó quien era él, y la Dama: y á donde se dirigia su camino? A lo qual respondió Lisardo, que él era ingeniero, que aquella Dama era su muger, y que el camino que llevaba era buscar una Ciudad donde poder exercitar su facultad. Mientras Lisardo estaba dando esta relacion, Clarmonda lloraba, y suspiraba con mas ansia, de forma, que sus muchas lagrimas, y suspiros dieron á entender al Gobernador, que la relacion de Lisardo era fingida, y que la Dama estaba violenta con él; con esta sospecha mandò el Gobernador se-

pa-

parar á Clarmonda de Lisardo, y preguntandole si era verdad lo que Lisardo habia dicho, respondió Clarmonda, que todo era incierto, que la traia robada. Con esta noticia mandó el Gobernador llevar á Clarmonda, y al Caballo á su Palacio, y á Lisardo á la Carcel; en la qual fue tanta la pena, y congoja que le acometió, que al tercero dia murió desesperado.

CAPITULO VI.

De como Clarmonda se fingió loca por no casarse con el Gobernador. De como le escribió á Clamades el estado en que se hallaba, y de como Clamades se púso en camino para la Villa de Brena.

CLarmonda fué muy bien recibida de una hermana del Gobernador, la qual viendo su mucha hermosura, gentil talle, y gallardo entendimiento, la queria tanto, que no se hallaba un punto sin ella. No le sucedió menos á el Gobernador su hermano, pués en breve tiempo se prendó tanto de la hermosura de Clarmonda, que determinó elegirla para su esposa, y habiendose declarado con ella, le respondio Clarmonda, mirara bien lo que hacia, pues ella era de muy humilde nacimiento, tal que no convenia, ni igualaba con él. El Gobernador arres-

arrestado, y ciego del amor que le habia tomado le respondió: que no pensara en disuadirlo con ningun pretesto, pues habia de ser suya dentro de muy pocos dias, y fuera de alto, ò baxo nacimiento.

Viendose Clarmonda en tanto aprieto, y con poca, ó ninguna resistencia para no faltar á la fina fé que debia á su querido Clamades, determinó fingirse loca, lo qual puso por obra al dia siguiente con tanto disimulo, y tan vivos ademanes, que todos creyeron por cierta la fingida locura, cuya enfermedad sintió mucho el Gobernador, y por el grande amor que le tenia, mandò la encerraran en una decente sala, en la qual estaba asistida de quatro Doncellas, y un criado, que con mucho cuydado le administraban todo lo que podia conducir á su alivio. Viendose Clarmonda tan separada de su querido Clamades, y que sin darle aviso era imposible supiera donde estaba, un dia que estaba sola con una de las Doncellas de quien ella tenia mucha satisfaccion, despues de haberle regalado varias joyas de mucho valor, con lagrimas, y suspiros le contó toda su historia, la causa de verse en aquel estado, los amores de Clamades, y el motivo que tenia para fingirse loca, y con encarecidas palabras le suplicó buscase quien con el sigilo que el caso pedia llevara una carta á Clamades.

Compadecida la Doncella de la desgracia de

Clar-

Clarmonda, le ofreció toda su ayuda, y guardarle el sigilo que le habia encargado, y facilitandole tinta y papel, escribió Clarmonda á Clamades quanto le habia sucedido con Lisardo, con qué motivo le habia llevado el Gobernador á su casa, la causa porque se habia fingido loca, encargandole, que luego á el punto se pusiera en camino sin darse á conocer, y que el portador le conduciria al sitio donde se hallaba. Cerró la carta, y entregandosela á su amiga, ésta la puso en poder de un conductor de toda su satisfaccion, el qual despues de bien pagado, con la esperanza de mayor premio emprendió su marcha con mucha diligencia. Dexemos á Clarmonda en su encierro ya mas consolada, y pasemos á vér lo que sucedió á Clamades.

Melancolico, triste, y enfermo estaba Clamades, por la pérdida de su querida Clarmonda, y aunque por parte de sus Padres habian hecho quantas diligencias caben en lo humano, á fin de saber de Clarmonda, no se habia descubierto persona que le hubiese visto, con cuyo motivo cada dia crecia el disgusto, y la enfermedad en Clamades, de tal manera que ni los amigos, ni las diversiones, bastaban á darle el mas corto alivio á sus penas; muchas vaces penso salir á buscarla; pero las pocas fuerzas que tenia, no le permitian hacer esta peregrinacion, y estando un dia muy pensativo repasando en su imaginacion

los

los amorosos lances que le habian pasado con su querida Clarmonda, las muchas finezas que le debia, su singular hermosura, y la traycion con que la habia robado Lisardo, fue tan grande la pena y angustia que estas memorias le representaron, que acometido de un fuerte desmayo, cayó en tierra con mas señales de muerto, que de vivo: acudieron los Medicos con varias, y especiales medicinas, con las quales consiguieron algun alivio, y habiendo vuelto á su cabal sentido, le dixo su Mayordomo: Señor, dos dias hace, que llegó á casa un propio con una carta cerrada, cuyo sobre escrito dice: *A mi Señor Clamades en propia mano*: dixele al propio me la entregara, que no habia proporcion de que pudiera él hacerlo, y me respondió, que no entregaba la carta á otro que á el que venia el sobre escrito, por cuyo motivo, y el de hallaros en cama, le he detenido hasta hoy, que viendo estais mas aliviado os doy la noticia para que determineis lo que os agrade.

No bien hubo acabado el Mayordomo su razonamiento, quando le respondió Clamades: dile á ese hombre que pase adelante sin detenerse un punto. Partió el Mayordomo por el propio, el qual entregó la carta á Clamades, y viendo éste, que la letra del sobre escrito era de su querida Clarmonda, fué tan grande la alegria que recibió, que sobresaltado, y temblando, apenas acertaba á abrir la carta.

Leyòla, y enterado en quanto le decia, á grandes voces, como si no estubiera enfermo, pidió sus vestiduras. Alvorotose la casa con tan repentina novedad, acudió su Padre, y queriendolo persuadir á que no se vistiera, Clamades le entregó la carta; en vista de la qual le dixo su Padre, que desde luego se convenia á que hiciera aquella jornada, pero que esto seria en cobrando fuerzas, y estando mas restablecido. Sosegose Clamades con las razones de su Padre, y al dia siguiente se levantó tan aliviado en su enfermedad, como si hubiera tenido un mes de convalescencia. Tres dias estubo el propio en casa de Clamades muy bien asistido, al cabo de los quales, sin poder detenerlo se puso en camino, sin permitir mas compaña que la del propio.

CAPITULO VII.

De la aventura que en el camino le sucedió á Clamades en el Castillo de Monte Estrecho, y de como se combatió con dos Caballeros llamados Ruperto, y Casino, á los que venció.

QUince dias caminaron sin que les sucediera cosa que de contar sea; pero al diez y seis, como al ponerse el Sol, se hallaron en lo intrincado de unas Sierras tan fragosas, y escarpadas, que apenas las penetraba el Sol. Viendo Clamades,

que

que la noche se venia, y que á poca distancia se descubria un suntuoso Castillo, á el qual llamaban Monte Estrecho, enderezó el Caballo ácia él, y habiendo llegado, los Porteros les abrieron las puertas, tomaron los Caballos, y á Clamades lo entraron en una hermosa sala, en la qual halló quatro Damas ricamente vestidas, las quales recibieron á Clamades con mucha cortesia, y despues de haberse saludado, preguntaron las Damas á Clamades quien era, y con qué motivo caminaba por aquellas sierras. Clamades con mucha cortesia les respondiò, que él era un pobre Caballero, y que su viage se dirigia á buscar una Aventura, á lo que le respondieron las Damas: pues si no buscais otra cosa que una Aventura, ya la habeis encontrado en este Castillo, en el qual todos los Caballeros que quieran entrar, se han de combatir precisamente con dos Caballeros á un tiempo, dueños del Castillo: y el Caballero que habiendo entrado en él, no tubiere valór para combatirse con los dos, para escusar, el combate se ha de dexar aqui todas las Armas, y el Caballo. Tres dias teneis de término para elegir el combate, ó dexar las Armas, en cuyo tiempo podeis elegir lo que mejor os parezca, y escusad el combate, pues los dos Caballeros con quien os habeis de combatir son muy esforzados, y han vencido á quantos por aqui han pasado, que nosotras por haceros bien, y merced, y porque no camineis á

pie

pie, os daremos un Palafren con todo lo necesario para el camino.

Atento estuvo Clamades oyendo las Damas, y conociendo su buena intencion, con mucha gracia, y cortesia les dixo: Señoras, yo agradezco mucho la oferta que me haceis, y tomara el consejo que me dais, á no ser contra la opinion, y buena fama de la Orden de Caballería, por cuyo motivo estoy determinado á combatirme con esos dos Caballeros, y si mi mala suerte dispusiere que yo sea vencido, toleraré mi desgracia con mas gusto, que dexar mis armas de cobarde; en vista de lo qual espero de vuestra cortesia, me digais, qué motivo, ó causa mueve á estos Caballeros á combatirse con todos los que por aqui pasan.

Habeis de saber, respondieron las Damas, que treinta años hace pasò por esta Sierra un Caballero, el qual viéndose perdido, pidió por merced le acogieran en este Castillo: el Caballero dueño de él, movido de caridad, le dió acogida, sin mas interés que el de hacerle bien; pero el mal Caballero huesped, luego que llegó la media noche, seguro de que todos dormian descuydados, se levantó, quitó la vida al Caballero Dueño del Castillo, á su muger, dos hijas, y á seis criados: este mal Caballero se fué sin ser de nadie conocido, por cuyo motivo dos hijos del dueño del Castillo, que al tiempo de la muerte de su

Padre estaban ausentes (y son los que se han de combatir con vos) han jurado, que no ha de pasar por aqui Caballero con quien no se combatan , por ver si por este medio pueden descubrir el alevoso que mató á sus Padres ; este es el motivo , y no otro : ved si tenemos otra cosa en que serviros. Muchas gracias les dió Clamades por la noticia, y les suplicó le hicieran favor de avisarle á los Caballeros su venida , y que se apercibieran para el combate , que habia de ser á la mañana siguiente , á causa de que él no se podia detener. Las Damas le dixeron que ya les habian avisado, y que el motivo de no estar ya en el Castillo , era porque estaban en una Quinta á dos leguas de distancia ; pero que al romper el dia estarian alli sin falta.

En estos , y otros razonamientos pasaron el primer tercio de la noche , y llegada la hora de cenar pusieron las mesas , en las quales cenó Clamades con las Damas con mucho gusto , y acabada la cena, las Damas se retiraron á sus aposentos , y Clamades á el suyo , en el qual hallò una hermosa cama , descansó en ella de la fatiga del camino , y apenas rayò el Alva , quando le avisó un Page , que ya le esperaban en el campo los Caballeros. Armòse Clamades , y tomando su Caballo salió al sitio aplazado para el combate , que era una hermosa llanura delante de el Castillo. Las Damas , y demas familia se pusieron en los balcones , y á todas agradó mucho el brio , y

ma-

manejo que en las Armas tenia Clamades ; pero desconfiaban que saliera victorioso de la lid. Ya apercibidos, y hecha la seña de una parte á otro, le acometiò á Clamades uno de los dos Caballeros llamado Ruperto , con tanta fuerza , que quebrando la Lanza en el Escudo de Clamades , saltó en el ayre en menudas piezas: Clamades le hiriò malamente en un muslo , y fue tau fuerte el choque , que juntandose los Caballos, llegaron los dos ginetes á las manos , y hasiéndolo Clamades por medio del cuerpo , dió con él en tierra tan fuerte golpe, que aturdido del porrazo , y maltratado dè la grande herida que tenia en el musio , aunque hizo muchas diligencias para levantarse no pudo. Viéndolo Clamades en tierra , y tan mal herido, pensò apearse de su Caballo para cortarle la cabeza ; pero al tiempo de quererlo executar Casino su hermano le acometió con tanta ferocidad, que encontrando á Clamades desprevenido, diò con él en tierra herido en el brazo siniestro ; viéndose Clamades á pie, metió mano á la espada , y esperò á Casino , que muy arrogante pensó de un vote de Lanza acabar con Clamades ; mas él le esperó animoso, y recibiendo en su Escudo el bote de la Lanza le hurtò el cuerpo , y al tiempo de pasar le metió la espada al Caballo por un hijar , de cuya herida cayó el Caballo muerto : viéndose Casino á pie se vino para Clamades , y cuerpo á cuerpo cada uno con su es-

espada, y Escudo, trabaron la mas sangrienta lid, que se puede imaginar, dándose muchos, y muy terribles golpes. Era Casino muy diestro en las Armas, y alcanzaba muchas fuerzas, por cuyo motivo traia cuydadoso á Clamades, el qual viendo la mucha valentia de su contrario, apretó la espada en la mano, y còn toda la fuerza que pudo le alcanzò un golpe sobre el Morrion, que cortandole la mayor parte le hirió la cabeza, aunque no mucho, pero fue tan recio el golpe, que sin poderse valer cayó Casino en tierra desatinado. Acudió Clamades á quitarle el Morriòn para cortarle la cabeza, y las Damas á grandes voces le pidieron por merced no le quitase la vida. Clamades atendiendo á los favores que de ellas habia recibido, les dixo: que desde luego les otorgaba las vidas, asi á Casino, como á Ruperto (que tendido en el suelo estaba mas muerto, que vivo) pero habia de ser con la precisa condicion, de que en adelante no habian de volver á obligar á ningun Caballero que pasara por alli, entrara ò no en el Castillo á combatirse con ellos, pues ademas de ser contra la Ley de Caballería pelear á un tiempo dos con uno, no tenia este la culpa de el delito que otro cometió, y que en esta forma, y no en otra les perdonaria las vidas, cuya obligacion habian de jurar á ley de Caballeros, antes que él embaynara la Espada. Casino, y Ruperto ofrecieron, y juraron hacerlo asi,

ba-

baxo cuya palabra permitió Clamades, que los suyos los llevaran á el Castillo, en el qual fueron curados los tres con mucha proligidad, y diligencia, y despues comieron juntos, con tanto amor, y cortesia, como si no hubiesen reñido. Acabados de comer trabaron larga conversacion, en la qual dió á entender Casino á Clamades el disgusto que tenia por la herida, que su hermano Ruperto tenia en el muslo, pues por causa de ella no podian cumplir una palabra que tenian dada, en la qual consistia las vidas de tres Doncellas. Clamades compadecido ofreció á Casino su ayuda, con cuyo motivo dixo Casino: Habeis de saber que un Caballero llamado Clamades (á quien no conozco) robò á la hermosa Clarmonda, hija de el Almirante Ursino, por cuyo robo acumulan á tres Doncellas que servian á Clarmonda, ser complices en el delito del robo, y las han sentenciado á morir quemadas, siempre que no haya Caballero que las defienda, y habiéndose valido de nosotros; les ofrecimos defenderlas, lo qual yo podré cumplir, pero mi hermano no, á causa de su desgracia.

Considerando Clamades que del delito que acumulaban á las tres Doncellas estaban inocentes, pues él solo habia sido el agresor, movido á compasion, dixo á Casino: aunque yo no pueda desempeñar este asunto con el esfuerzo, y valentía que lo hiciera vuestro hermano Ruperto, os ofrezco ayudaros

ros en la defensa de estas tres Doncellas hasta morir. Atento Casino á la liberalidad con que un tan valiente Caballero le ofrecia ayudarle aceptó la oferta dandole muchas gracias por el favor que le hacia.

CAPITULO VIII.

De como Clamades, y Casino defendieron las vidas de las tres Doncellas de Clarmonda, que estaban sentenciadas á muerte, y de como Clamades se trajo á su querida Clarmonda, y se casó con ella.

A Otro dia salieron del Castillo Clamades, y Casino bizarramente armados llegaron á la Quinta del Almirante Ursino, y avisandole que estaban alli los Caballeros defensores de las tres Doncellas mandó el Almirante se les diese todo lo necesario hasta el dia siguiente que habia de ser el combate. Venida la mañana se armaron los dos Caballeros, y con ropas negras y muy lucidas armas, al punto de salir el Sol se presentaron en el Palenque, en el qual habia un alto Cadalso cubierto de luto, y en él las tres Doncellas. A el lado contrario habia un suntuoso Trono, en el qual estaba el Almirante, y los dos Jueces que habian de juzgar el combate, acompañados de muchos Caballeros y Damas. Pasearonse Clamades y Casino por todo el Palenque con tanta bizarria, que se llevaron los afectos de todas las Damas, y Caballeros. Y

habiendo entrado los dos Caballeros competidores, Brunes, y Durbans, mandó el Almirante hacer la seña de acometer, á la qual se vinieron los unos á los otros con tanta valentia, que en los primeros choques no se reconoció ventaja de una, ni otra parte; pero á los segundos acometió Brunes á Casino con tanta ferocidad, que dió con él en el suelo. Viendo Clamades á su compañero Casino en tierra, acometió á Brunes con tanto denuedo, que no pudiendo éste resistir el bote de Lanza, le derribó del Caballo: Casino que le vió en tierra se vino á él con la espada en la mano para matarlo: Brunes sacò su espada, y cuerpo á cuerpo trabaron los dos una muy sangrienta batalla. Durbans acometió á Clamades con mucha valentía; pero con poca fortuna, pues á el quarto encuentro le diò Clamades á Durbans tan fuerte cuchillada en la cabeza, que fuera de sentido cayo del Caballo como muerto. Clamades se apeó del suyo para cortarle la cabeza; pero los Jueces lo impidieron, suplicandole les hiciese merced de concederle la vida, á cuya suplica condescendió Clamades con mucha cortesia.

Viendo Casino, que su compañero Clamades habia concluido su demanda, y que él no podia acabar con su contrario, rabiando de corage apretó la espada en la mano, y fue tan fuerte el golpe que descargò sobre Brunes, que cortandole gran parte del Yelmo, le hendió la cabeza hasta los dientes y cayo muerto

to en tierra. Las Trompetas y Añafiles aclamaron la victoria por Clamades y Casino, y los Jueces declararon estar las Doncellas libres del delito que les acumulaban, cuya sentencia confirmò el Almirante.

Las Doncellas dieron muchas gracias á Clamades, y á Casino, y retirándose á sus casas, trató Clamades de curar á su compañero que estaba mal herido. Luego que Casino se alivió de sus heridas, le dixo Clamades tenia un negocio de mucha entidad que concluir, por cuyo motivo, no se podia detener, que mandara quanto quisiera, pues á la mañana siguiente habia de ser su jornada. Casino le ofreció su ayuda, mas Clamades no la admitió, y al dia siguiente Casino se partió para su Castillo, y Clamades con su Escudero para la Villa de Brena, donde estaba su querida Clarmonda. Cinco dias caminaron, al cabo de los quales dieron vista á dicha Villa, en cuyó sitió mandó Clamades al propio le dexara solo, y no dixera á nadie su venida, en trage de Medico se entró en la Villa; al dia siguiente se fue á la Quinta donde estaba su querida Clarmonda, y presentandose á el Gobernador, le dixo como era Medico de profesion, y que entre otras enfermedades curaba con mucho acierto la de la locura. El Gobernador se holgó mucho de haberlo visto, y le dixo: en ninguna ocasion podiais venir mejor que en esta, porque tengo en esta Quinta una Doncella loca, á la qual estimo tanto, que si me la curas

te daré quanto me pidas. Preguntó Clamades al Gobernador qué casta de locura era la que la Doncella tenia, ó en qué consistia su frenesí; á lo que respondiò el Gobernador: Son tantas, y tan raras las manias que cada dia toma, que no puedo hacer juicio á qué se dirigen: pocos dias hace, que le diò la de que le habian de llevar á su quarto un Caballo de Madera, que traia un Ingeniero, que murió, y dixo ser su marido, cuyo Caballo creo seria para alguna maniobra del dicho Ingeniero, y porque no se lo quitasen lo mandé entrar en esta Quinta y lo pusieron á un lado del Jardin; dió la casualidad, que algunas de las Doncellas se estaban entreteniendo una tarde en moverlo de un lado á otro á tiempo que la loca se asomó á una ventana, y viendo que movian el Caballo, se alborotò tan furiosamente, que no la podian sosegar, y á grandes voces trataba de ladronas á las que tocaban al Caballo, diciendo, que se lo traxeran á su quarto, que queria darle de comer, y que de no traerselo se echaria por la ventana. Viendo que no la podian aplacar, movido del afecto que le tengo, mandé se lo llevaran, con lo qual se sosegó enteramente, y desde aquel dia se le reconoce algun alivio, pues algunos dias que por divertirla suelen sacarla al campo, ha de ser con la condicion de llevarle el Caballo delante, con él tiene sus conversaciones, ahora le riñe, luego lo acaricia, ya rie, ya llora; hoy está sosegada, y mañana

fu·

furiosa, de forma, que no se puede averiguar á qué camino gira su locura.

Muy atento estubo Clamades escuchando la relacion que le hacia el Gobernador, y conociendo la buena ocasion, que la fingida locura de Clarmonda le presentaban, le dixo: Señor el modo mas seguro de curar esta enfermedad, es el del cariño, y buen tratamiento, por lo que se ha hecho muy bien en darle gusto. Si mis proyectos salen como yo pienso, dentro de muy poco tiempo tendrá remedio su enfermedad. Ahora resta que la saquen á paseo como otros dias, y en el discurso de la tarde observaré el estado de la enfermedad, y prevendré la medicina. Muy complacido quedò el Gobernador, y luego al punto mandò á las Doncellas sacaran á Clarmonda, la qual salió como otras tardes con su Caballo delante, fingiendo con tanto disimulo su locura, qae á no saberlo Clamades creyera era cierta su enfermedad. Luego que Clarmonda vió á Clamades con mucho disimulo se vino á él, y le dixo: dime quien eres tu, y á que has venido aqui? Clamades le respondió: Señora, yo soy un Medico extrangero, que pasando por aqui me detuve por ver estos Jardines, si tengo alguna cosa en que serviros podeis mandarme con toda satisfaccion. Clarmonda con mucha severidad le respondió: mas trazas tienes tu de Pastillón que Medico; y asi lo que se me ofrece es, que registres si este Caballo tiene herra-

raduras, y todos los arreos correspondientes, porque en él quiero que mé lleves á la Ciudad de Mansi, donde pienso casarme luego que llegue. Clamades sonriendose miró á el Gobernador y á las Doncellas las quales hacian lo mismo de oir las locuras de Clarmonda, y viendo esta, que Clamades no hacia lo que le habia mandado con mucha furia, se llegó á él, y le dixo: Dime hombre como no haces lo que te mando? Registra ese Caballo luego á el punto, porque mañana á estas horas ya he de estar en Mansi. Clamades disimulando lo mejor que pudo, le respondiò: Señora, voy á registrarlo, y dandole dos ò tres vueltas conoció estaba con todos sus muelles, y resortes, lo mismo que quando él lo dexó, y volviendose á Clarmonda le dixo: Señora, al Caballo no le falta nada, tan á punto está, que mañana á estas horas podeis estar donde apeteceis. A lo qual le respondiò Clarmonda, pues manos á la obra, despìdamonos de estas Señoras, y del Gobernador, y demos principio á la jornada. Con muchos ademanes se despidió de todos, y montó en el Caballo. Clamades para mas asegurar á el Gobernador, se llegó y le dixo: Señor, á esta casta da locura no contradecir nada, y hacer lo que ella quisiere, pues de lo contrario es dar lugar á que se le aumente la furia, y sea mas dificil su curacion; si os parece subiré con ella en el Caballo, y veremos si muda de mania. El Gobernador le dixo, que hiciera lo qu

mas

mas conviniera á su alivio. Clamades se llegò á el Caballo, y montando en él, luego que estubieron los dos bien acomodados, volvió Clamades la cara á el Gobernador, y le dixo: la que aqui tengo es Clarmonda, hija del Almirante Ursino, la qual, ni ha estado, ni está loca, yo soy Clamades: he venido por ella, y me la llevo. Apenas oyó el Gobernador estas palabras, quando con mucha furia se levantò para quitarsela; pero Clamades, que ya estaba prevenido, torció la Clavija á su Caballo, y arrancó tan veloz, que en pocos minutos los perdieron de vista.

Asombrado quedó el Gobernador, las Doncellas, y demas circunstantes, sin poder en mucho rato hablar ni una palabra, y reflexionando sobre algunas de Clarmonda, el empeño que siempre tuvo de guardar el Caballo, y lo que acababa de decir el fingido Medico, vinieron en conocimiento, de que lo dicho por Clamades era lo cierto, con cuyo motivo, rabiando de corage el Gobernador, mandó despachar varios Postas en su seguimiento, mas todo fue en vano, pues habiendo corrido muchas leguas en contorno se volvieron sin poderlos descubrir.

Dexemos á el Gobernador rabiando de corage, y volvamos á Clamades, que muy gustoso caminaba con su querida Clarmonda, y á el cabo de tres dias llegaron á la Ciudad de Mansi. Contar las fiestas, regocijos y alegrias que se hicieron por su venida. fuera

pro-

prolija impertinencia, por lo que se dexan á la consideracion del discreto Lector.

A el dia siguiente de haber llegado Clamades mandó á un Mayordomo suyo fuese en el Caballo de Madera á entregarle una carta á el Almirante Ursino, Padre de Clarmonda, por la qual le daba cuenta de todo lo que le habia sucedido á su hija desde que faltó de su Quinta, y de como estaban dispuestas sus bodas á las quales esperaba le hiciera favor de concurrir.

Salió el Mayordomo, y en breve tiempo llegó á la Quinta del Almirante, á el qual le entregó la carta, y habiendola leido se alegrò mucho por saber de su hija Clarmonda, y llevado del cariño Paternal, á el dia siguiente, acompañado del Mayordomo, tomaron Caballos, y en tres dias llegaron á casa de Clamades, en la qual fué el Almirante muy bien recibido, y en aquel mismo dia se desposò Clamades con Clarmonda, Rutilo con Lucinda, Polidoro con Maxìma, y Flor, la querida del ya muerto Lisardo, con el Almirante, Padre de Clarmonda, que estaba viudo, cuyas bodas se celebraron con mucho gusto de todos, y pasados algunos dias se retiró cada uno á su casa con su muger, y Clamades se quedó muy gustoso en la suya con su querida Clarmonda.

L A U S D E O.